Galilea.153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

Celebrar el misterio

Florencio Roselló: «La situación de soledad y desamparo invita a buscar a algo o alguien que llene ese vacío y algunos lo encuentran en Dios, en el misterio»

Número 44
julio-agosto de 2025. 5,75 €
CPL editorial

Sumario: Celebrar el misterio

4 **Padres de la Iglesia:** Tertuliano, Celebramos el misterio como se merece, por Joan Torra

5 ¿Misterio o arcano?, por Juan Javier Flores

6 Palabra de Dios, por Armand Puig

7 Desde el corazón, por Anna-Bel Carbonell

8 **Dialoguemos:** Florencio Roselló: celebrar el misterio en la cárcel, por Carme Munté

10 Agustín de Hipona: la Iglesia sacramento, por Joan Torra

12 **En pocas palabras:** Celebrar el misterio. *Sacrosanctum Concilium* 6, por Paula Depalma

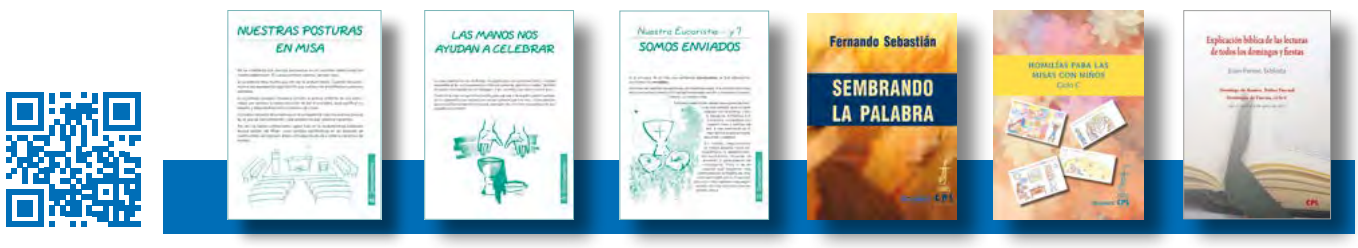
13 **Oración:** Él está con nosotros, por Manolo Juárez

14 **En el año litúrgico:** Encuentro con Cristo resucitado, por Vicente Esplugues

15 **Las lecturas de los domingos:** Asunción de María y domingos 20 a 28 del tiempo ordinario – Ciclo C. Del 15 de agosto al 12 de octubre de 2025

16 **Todavía te queda por leer:** Sentido del misterio en la celebración (en ausencia de presbítero), por Josep Maria Domingo

Material en línea (https://www.cpl.es/blog/galilea-153-material/)



Galilea.153
Litúrgia, pastoral, vida cristiana

Año 6. Número 44
julio-agosto 2025

Edita:
Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona

Periodicidad:
6 números al año

Suscripción anual 2024/2025:
En papel: 37,50 €
Online: 25,00 €

Precio de este ejemplar:
5,75 €

Dirección:
Quiteria Guirao Abellán
qguirao@cpl.es

Equipo responsable:
Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez
Jaume Fontbona
Maria Guarch
Dani López
M. Àngels Termes

Consejo asesor:
Natàlia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Paula Depalma
Albert Dresaire
Manolo Juárez
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Carme Munté
Juan Carlos Pérez

Dirección:
Centre de Pastoral Litúrgica
Diputació 231
08007 Barcelona
Tel. 933 022 235
wa: 619 741 047
cpl@cpl.es

Web:
https://cpl.es/

Fotografía de la portada:
Arzobispado de Pamplona y Tudela

Dibujo página 2:
Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes sociales: @CPLeditorial

ISSN 2604-2851

ÉL HABITA EN NOSOTROS

En estos tiempos, a diferencia de todos los siglos anteriores, Dios no es una realidad obvia y presente en la vida y en el mundo. Por eso, nuestra liturgia debe hacer un especial esfuerzo para ayudar a vivir el encuentro cristiano como un lugar de oración y de relación con Dios, porque Él habita en nosotros. O, dicho de otro modo, la liturgia debe llevar al pueblo cristiano a entrar en el misterio de Dios revelado por Jesús.

Si entramos en aspectos concretos a tener en cuenta, como mínimo podemos pensar en que los responsables de la celebración hablen poco y en voz baja dentro de la iglesia; que haya momentos de silencio (en el acto penitencial, después de la homilía, después de la comunión…) y que en ellos el celebrante y todos los ministros estén en actitud de oración; que el celebrante y los ministros escuchen las lecturas con atención; que los diversos momentos de la celebración se hagan con calma y no con prisas; que el celebrante proclame la plegaria eucarística y las otras oraciones en tono de oración; que ni el celebrante ni los otros ministros abusen en sus intervenciones de bromas y otras frivolidades; que de vez en cuando se exhorte a la asamblea a mantener la actitud de oración…

Estos son, por lo menos, pasos en la buena dirección de crear un espíritu de oración en nuestras celebraciones litúrgicas.

La voz de nuestros suscriptores

Después de recoger las respuestas de un pequeño número de personas suscriptoras de la revista: agradecemos que hayan dedicado su tiempo a responder a las preguntas que les proponíamos y valoramos sus aportaciones para mejorar sus contenidos tanto en relación con nuevos temas que tratar como en la parte formal de la publicación.

Felices y merecidos días de descanso.

Quiteria Guirao Abellán
qguirao@cpl.es

En la página 5 de esta revista, publicamos un resumen de la aportación que nos ha escrito sobre celebrar el misterio pascual el padre Juan Javier Flores, monje benedictino de Santo Domingo de Silos: «¿Misterio o arcano?».

En el siguiente enlace puedes acceder al artículo completo: https://bit.ly/3ZRkEqZ

CELEBREMOS EL MISTERIO COMO SE MERECE

Tertuliano (†220) escribió el primer tratado que tenemos sobre un sacramento. Se titula: *Sobre el bautismo*. Es el único tratado como tal de un sacramento antes del Concilio de Nicea (325). Es a Tertuliano a quien prácticamente debemos la traducción del término griego «misterio» por «sacramento». Para san Pablo el misterio es lo escondido durante siglos y generaciones, del que ahora Dios ha revelado en Cristo, y en el cual vivimos hasta el fin de los tiempos (cf. *Colosenses* 1,26-28). Ahora ya participamos de ese misterio; estamos dentro de él, vivimos en él. Tertuliano es quien concreta que el misterio lo celebramos en estas acciones que él llama «sacramentos». Y lo explica de forma muy bella.

1.1. ¡Feliz nuestro sacramento del agua, porque, lavando los pecados de nuestra ceguera temprana, somos liberados y admitidos en la vida eterna! Un tratado sobre esta materia no será superfluo. Instruir no solo a los que recién se están formando (en la fe), sino a aquellos que, contentos con haber simplemente creído, sin un examen completo de los fundamentos de las tradiciones, llevan (en la mente), por ignorancia, una fe no probada pero probable. […]

4.l. Pero bastará haber llamado así desde el principio aquellos puntos en los que además se reconoce ese principio primario del bautismo, que ya entonces estaba previsto por la actitud misma asumida para un tipo de bautismo: que el Espíritu de Dios, quien se cernió sobre (las aguas) desde el principio, continuaría demorándose sobre las aguas de los bautizados. Pero lo santo, por supuesto, se cernía sobre lo santo; o bien, de lo que se cernía sobre lo que se cernía sobre lo que se cernía tomó prestada una santidad, ya que es necesario que en cada caso una sustancia material subyacente capte la cualidad de lo que la domina, sobre todo corpórea o espiritual, adaptada (como lo es lo espiritual) a través de la sutileza de su sustancia, tanto para penetrar como para insinuar. Así, la naturaleza de las aguas, santificadas por el Santo, fue concebida con el poder de santificar. […]

7.l. Después de esto, cuando salimos de la pila bautismal, somos completamente ungidos con una unción bendita, (una práctica derivada) de la antigua disciplina, según la cual, al entrar en el sacerdocio, los hombres solían ser ungidos con aceite de cuerno, desde que Aarón fue ungido por Moisés. De donde Aarón es llamado «Cristo», del«crisma», que es «la unción», que, cuando se hizo espiritual, proporcionó un nombre apropiado al Señor, porque fue «ungido» con el Espíritu por Dios Padre; como está escrito en los Hechos: «Porque verdaderamente se reunieron en esta ciudad contra tu Santo Hijo, a quien tú has ungido» (*Hechos* 4,27). Así también en nuestro caso la unción corre carnalmente (es decir, sobre el cuerpo), pero aprovecha espiritualmente; de la misma manera que también el acto mismo del bautismo es carnal, en cuanto que somos sumergidos en agua, pero el efecto espiritual, en que somos liberados de los pecados. […]

8.l. A continuación se impone la mano sobre nosotros, invocando e invitando al Espíritu Santo mediante la bendición. Será posible que el ingenio humano convoque un espíritu al agua y, mediante la aplicación de manos desde arriba, anime su unión en un solo cuerpo con otro espíritu de sonido tan claro; ¿y no será posible que Dios, en el caso de su propio órgano, produzca, por medio de «manos santas», una modulación espiritual sublime? […]

20. Por eso, bienaventurados, a quienes espera la gracia de Dios, cuando ascendáis de esa santísima fuente de vuestro nuevo nacimiento, y extendáis vuestras manos por primera vez en la casa de vuestra madre, junto con vuestros hermanos, pedid al Padre, pide al Señor que te sean suplidas sus propias especialidades de gracia y distribución de dones. «Preguntad», dice Él, «y recibiréis» (*Mateo* 7,7). Pues bien, habéis pedido y habéis recibido; llamaste y se te abrió. Solo te pido que, cuando preguntes, tengas en cuenta también a Tertuliano el pecador.

¿MISTERIO O ARCANO?

Juan Javier Flores Arcas

Fotografía: Busray, en Unsplash.

La acusación de que la reforma litúrgica habría eliminado el «sentido del misterio» se ha convertido en un lugar común entre ciertas críticas contemporáneas. Dicha percepción no afecta al núcleo del proyecto conciliar, sino que señala más bien desviaciones en la praxis celebrativa o una secularización que desdibuja la vida cristiana. Lo esencial del misterio no ha sido suprimido: ha sido clarificado y reforzado.

La clave está en no confundir «misterio» con «arcano». Mientras lo arcano remite a lo esotérico y opaco, el misterio cristiano es revelación, don, encarnación. La liturgia no oculta el misterio: lo celebra, lo comunica y lo hace presente sacramentalmente. Esta distinción esencial fue trabajada por Odo Casel, quien sistematizó tres etapas del misterio: como realidad divina trascendente, como epifanía en Cristo y como presencia operante en los sacramentos.

Desde esta perspectiva, la sagrada liturgia es la «forma» establecida por la Iglesia para que los fieles accedan al misterio de Cristo. Cada celebración es una actualización salvífica, un momento de encuentro real con el Cristo pascual. Tal como recoge el Concilio Vaticano II, la liturgia es el medio privilegiado por el cual se ejercita la obra de la redención. Celebrar dignamente –como recordaba Casel– no requiere artificios, sino participación interior: conmoción del alma y plena disponibilidad al misterio celebrado.

La participación activa no es un simple activismo, sino una incorporación a la vida de Cristo: comensales con él en la Eucaristía, orantes en Getsemaní, transfigurados en el Tabor, evangelizadores en el mundo, crucificados y resucitados en el misterio pascual. La liturgia, por tanto, es mistagoga: enseña, introduce, transforma.

Además de la Eucaristía, la Liturgia de las Horas prolonga la acción litúrgica a lo largo del día y del año. No se trata solo de orar en comunidad, sino de recorrer –en clave de alabanza y súplica– los grandes misterios de la salvación. Así se realiza una ósmosis entre la liturgia y la vida: el misterio celebrado en la liturgia se vive en el día a día, y la vida nos conduce de nuevo a la fuente litúrgica.

Finalmente, el papa Francisco propuso vivir la celebración litúrgica con estupor. No es confusión, sino admiración: asombro agradecido ante la presencia real y operante de Dios en la Pascua de Jesús. La belleza de la liturgia está en revelar el misterio, no en ocultarlo. Así, celebrar el misterio de Cristo es entrar en comunión con él y dejarse transformar en cada gesto, palabra y signo sacramental. [Artículo completo en el enlace de la página 3].

Odo Casel (1886-1948), monje benedictino, teólogo alemán. Elaboró toda una teología de la liturgia como actualización de la Pascua de Cristo, que es el mejor modo que tenemos de recoger el núcleo distintivo de la liturgia cristiana. El «misterio del culto cristiano» hoy pertenece al patrimonio común de la Iglesia católica.

PALABRA DE DIOS

Armand Puig i Tàrrech

Fotografía: Ann Savchenko, en Unsplash

La Constitución *Dei Verbum* (Palabra de Dios) es el documento con más proyección teológica del Concilio Vaticano II. Constituye el punto de llegada del movimiento bíblico que desde hacía años crecía en la Iglesia católica, y representa el punto de salida del papel que la Biblia desarrolla en toda la vida eclesial, desde la liturgia a la catequesis, desde la espiritualidad a la enseñanza teológica. Es necesario nombrar dos acontecimientos que confirman el camino ascendente que la Biblia ha recorrido en los últimos años en la Iglesia y en el mundo: el Sínodo sobre la Palabra de Dios, con la Exhortación postsinodal *Verbum Domini* (Palabra del Señor) (2010), del papa Benedicto; y la institución del Domingo de la Palabra de Dios, con el Motu proprio *Aperuit illis* (Les abrió) (2019), del papa Francisco.

Dei Verbum explica en primer lugar el fundamento de la revelación cristiana, el hecho de que Dios ha querido manifestarse él mismo. Por eso la Biblia contiene la Palabra de Dios y, debido a que la contiene, ha de ser motivo de veneración; de manera singular, las especies eucarísticas, el pan y el vino, que contienen el cuerpo y la sangre de Cristo; y por este motivo adoramos la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Hay una presencia de Dios en el sacramento y en la Palabra, y ambos poseen, junto con los pobres, una sacramentalidad que expresa la misma vida divina. En un mundo donde Dios parece ausente en el corazón de muchas personas, la Palabra es presencia y vida de quien ha querido manifestarse personalmente y manifestar su designio mediante unas palabras que alimentan a cada persona bajo el impulso del Espíritu. La palabra, contenida en la Biblia, manifiesta el Padre, el Hijo y el Espíritu, Dios uno en sus tres personas (*Dei Verbum* 2).

En segundo lugar, *Dei Verbum* es una llamada a que todo el mundo, creyentes y no creyentes, llegue a ser lector de la Biblia. La Biblia es un libro global, que habla a pensamientos y religiones no cristianas, a filosofías y a estéticas diversas, que buscan una comprensión del misterio de la existencia y del mundo y a quien no le da reparo preguntarse por el trascendente, por el Dios del cosmos y del Sinaí, de los profetas y de los sabios, por el Dios de Jesucristo. La Biblia permite una mirada interior hacia los repliegues del alma y, al mismo tiempo, lleva a discernir el compromiso en la historia. *Dei Verbum* es toda ella una interpelación, una invitación a adentrarse en el texto bíblico, una bocanada de aire fresco sobre la imagen de un Dios que no se ha quedado detrás de nubes, sino que ha hablado con una palabra extraída de la palabra humana –de aquí la necesidad de traducciones bíblicas, tantas como lenguas y culturas–. No hay vida sin Palabra, ni Palabra sin vida. Quien se familiarice con el texto de la Biblia tendrá una llave que le permitirá abrir muchas puertas, especialmente la más decisiva: la que encamina hacia Dios.

Leer la Biblia

Ramon Ribera-Mariné, monje de Montserrat, nos propone un plan de lectura de la Biblia en tres años (a excepción del libro de los salmos y de los evangelios). Una herramienta para comprender mejor el Nuevo Testamento y la historia de la salvación. O simplemente para acercarse a una de las obras capitales de la literatura universal.

» https://bit.ly/3ZMPKA0

DESDE EL CORAZÓN

Anna-Bel Carbonell Rios

Celebrar el misterio con los niños ha sido, desde siempre, todo un reto. Más ahora en una sociedad tan cambiante e hiperconectada que les sobreestimula y, paradójicamente, les hace creer en muchas cosas que les quedan lejos, que no pueden comprobar ni verificar. Cosas que están en la *nube* y no siempre son ciertas, pero se las venden mejor que el misterio de Dios. Entonces, si en nuestra sociedad hay tantos factores no tangibles ni comprobables, ¿por qué se nos hace tan difícil acercarlos al misterio de Dios? ¿Quizá porque nosotros, los adultos referentes, hacemos cada vez más como santo Tomás, «si no lo veo, no lo creo»?

Todos sabemos que la fe no se impone, porque es un don que debe mostrarse, se debe acompañar y ayudar a desvelar, y mucho mejor si es desde pequeños, generando lazos y vínculos con la figura de Jesús amigo, que les puede ser más cercano; y hablarles de un Dios padre y madre que nos ama, que nos reconoce por nuestro nombre, que nos quiere libres.

Las familias somos expertas en establecer rutinas y pequeñas liturgias. Estos rituales marcan tiempos y ritmos diarios, permitiendo que todos sus miembros sigan un mínimo orden a partir del cual se facilita la convivencia, la armonía y el crecimiento personal en el seno de la familia. Rutinas que, una vez establecidas, han de pasar de ser obligatorias y se han de vivir como necesidades naturales, y que, evidentemente, se han de ir adaptando a las diferentes edades y talantes de cada uno y a los cambios de los tiempos; pero que nos pueden ayudar a la transmisión de la fe con un lenguaje más cercano del que a veces propone la doctrina eclesial.

La plegaria familiar: Cada mañana, despertarlos con buenas palabras que, por la noche, antes de acostarse, se conviertan en pequeñas plegarias adaptadas a la edad. Enseñar a dar gracias por todo lo vivido en el día o pedir perdón reconociendo que no somos perfectos, que somos humanos y nos equivocamos. Según la edad de cada niño, leerles las parábolas como cuentos, encender una vela, poner música, explicarles la letra de una canción, enseñar la señal de la cruz mientras les damos a conocer su significado (una cruz en la frente por los pensamientos, una en la boca por el buen hablar, una en el corazón en señal de amor). O la plegaria de los «cinco dedos» del papa Francisco, que es muy fácil de adaptar para los niños, y muy visual porque se reza con lo que tenemos más cerca, que son los dedos con los que a menudo juegan los niños. Y, por supuesto, han de aprender el padrenuestro, la oración que Jesús nos enseñó, recitándolo poco a poco, interiorizándo y explicando su significado e importancia.

Por otro lado, es capital, desde muy pequeños, la participación en la asamblea de la que son miembros desde que reciben el bautismo (lo que aprovechamos para explicar los símbolos de la luz, el agua y los padrinos) y, así, caminar hacia el sacramento de la comunión para acabar participando plenamente en la celebración eucarística.

La persona humana es sagrada y, la casa común, que es la tierra donde vivimos, también. Trabajar esto con los niños es transmitir el misterio de Dios que nos ama y quiere lo mejor para nosotros. En definitiva, celebrar el misterio es celebrar la vida y transmitir la fe desde el corazón.

Fotografía: Anjali Maurya, en Unsplash.

FLORENCIO ROSELLÓ: CELEBRAR EL MISTERIO EN LA CÁRCEL

CARME MUNTÉ MARGALEF

Fue en el seminario mercedario cuando Florencio Roselló Avellanas escuchó hablar de los presos, y este mensaje lo cautivó: «Sentí una voz interior muy fuerte que cambió mi vida. Escuché una llamada a la que no podía negarme: "Estuve en la cárcel y vinisteis a verme" (*Mateo* 25,36). Y se cumplió el Evangelio, porque comencé a entrar en la cárcel con veintiún años y me encontré a Jesús en los privados de libertad».

En la actualidad, siendo arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, sigue ayudando a los hombres y las mujeres que han estado o están en prisión, y a sus familias. «Lo hago para seguir ayudándoles, pero también para no olvidar de dónde vengo, del mundo de los pobres», nos confiesa este obispo mercedario.

¿Cómo se viven los sacramentos en la cárcel?

En la cárcel «no hay cultura de sacramentos». La gente que ingresa en prisión llega con desajustes, también en materia de fe, y por lo tanto también de sacramentos. No vienen de una vivencia religiosa fuerte. El contacto con el capellán, con los voluntarios, muchos comprometidos en parroquias, es la forma como van descubriendo distintos aspectos de la fe, también en los sacramentos. En prisión, los sacramentos que más se administran son la comunión y la confirmación. También algún bautizo.

¿Los que están privados de libertad tienen una manera distinta de conectar con el misterio?

Evidentemente, conectan con el misterio, pero de diferente manera. Los internos no suelen venir de una vida de piedad y vivencia cristiana. Unos conectan con el misterio por necesidad; les ha fallado todo, se encuentran solos en prisión y necesitan creer o confiar en alguien. Y allí entra el misterio. Esta situación de soledad y desamparo invita a buscar algo o alguien que llene ese vacío y algunos lo encuentran en Dios, en el misterio.

¿Cuál es su experiencia más intensa en este sentido?

Cuando algún interno me ha dicho: «Padre, me ha fallado todo: amigos, conocidos, mi familia está cansada de mí, de tantas caídas… Estoy solo, por la noche he comenzado a rezar»; ahí comienza la relación con Dios. Es un acercamiento simple, sencillo, pero de profunda fe, natural. Este acercamiento es más por necesidad que por fe o por vivencia religiosa, pero con el tiempo se convierte en una forma de buscar ayuda fuera del sistema penitenciario y la fe entra a formar parte de su vida en prisión.

En la capilla del Centro Penitenciario de Pamplona, el pasado Jueves Santo, usted lavó los pies a los internos e internas. ¿Cuál es la profundidad de este gesto?

El servicio. Como capellán de la cárcel antes, y ahora como obispo, mi relación con los internos es el servicio. En cada momento trato de servirles como lo haría el mismo Jesús. Cuando estaba como capellán, si necesitaban ropa, les llevaba ropa; cuando necesitaban dinero, les ponía dinero en peculio; cuando necesitaban contactar con la familia, llamaba a su familia; cuando llegaba Jueves Santo, les lavaba los pies. Este gesto lo hago con naturalidad y sencillez. Reconozco que impacta mucho, visto desde fuera, pero yo trato de realizarlo con humildad y profundidad. Pero llevarles ropa, ponerles dinero, llamar a la familia también es lavatorio de los pies, porque también es servicio.

Hace treinta años que repite este gesto. ¿Cómo lo viven los internos?

Posiblemente sea la experiencia más mística, más sacramental de todo lo vivido como sacerdote en una cárcel. Es el servicio, es la entrega que se hace Eucaristía. En la donación

Fotografía: Florencio Roselló, EFE

gratuita, martirial, que el sacerdote representa con el lavatorio. Sobran las palabras, sobran explicaciones. Este gesto lo entiende todo el mundo, impacta profundamente en internos e internas. Cuando realizo el lavatorio de los pies (como capellán o como obispo), los miro a la cara, les sonrío, les llamo por su nombre, les lavo los pies, se los beso y les vuelvo a mirar y sonreír. No es un gesto más, es el gesto mayor de entrega en una cárcel. En sus caras veo emoción, agradecimiento, admiración y lágrimas. El lavatorio supera incluso al preso más duro. He tenido experiencias de todo tipo: desde un gracias sincero hasta una mirada envuelta en lágrimas, o cogerme la mano y besármela; o lo más fuerte, en más de una ocasión un interno ha querido lavarme los pies… y me he dejado.

Uno de los templos jubilares es la cárcel de Pamplona. ¿Qué mensaje se transmite por el hecho de ser templo jubilar?

El mensaje es doble: primero, a los internos y, en segundo lugar, para la sociedad navarra. El mensaje a los internos es transmitirles que hay futuro, esperanza, en un mundo de derrota y fracaso. Con la fuerza de Dios y de la Iglesia pueden salir de la cárcel con dignidad. Es decirles que no están solos, que la Iglesia está con ellos. El mensaje a la sociedad y a la propia Iglesia es que los presos también son Iglesia. Que este año jubilar tiene un mensaje de esperanza para ellos. Se trata de despertar conciencias solidarias más que punitivas, abrir puertas más que crear barreras, tender puentes y derribar muros.

¿Qué nos puede decir de la pastoral penitenciaria a nivel de retos y oportunidades?

La pastoral penitenciaria nos lleva a la encarnación de Jesús en el preso: «Estuve en la cárcel y vinisteis a verme» (*Mateo* 25,36). Es trascender la imagen del preso a Jesús, preso también. La pastoral penitenciaria ayuda a visibilizar la presencia de la Iglesia en la cárcel y ver la prisión como una realidad más de la Iglesia. Los presos también son Iglesia. Sirva como ejemplo que en la primera parte del proceso sinodal participaron unas mil trescientas personas en la reflexión y estudio de los temas, entre internos y voluntarios, de dieciocho cárceles de España. El preso también participa en la Iglesia. El papa Francisco ha visitado veintidós prisiones en los doce años de pontificado y esto ha sido posible gracias a la pastoral penitenciaria.

¿Qué mensajes y enseñanzas transmite el mundo de la cárcel a la Iglesia y a la sociedad?

El gran mensaje de la cárcel es el desajuste social. Mientras haya pobres, mientras haya presos, se pone de manifiesto que nuestro sistema social, nuestra convivencia es mejorable. La existencia de pobres es una denuncia del sistema que nos hemos dado. Es una llamada a la conciencia de la Iglesia y de nuestra sociedad a buscar medidas más justas y solidarias que ayuden a superar los desequilibrios sociales que generan pobres y presos.

Fotografía: L'Osservatore Romano.

AGUSTÍN DE HIPONA: LA IGLESIA SACRAMENTO

Joan Torra Bitlloch

> Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré descansar. Aceptad el yugo que os impongo, y aprended de mí, que soy paciente y de corazón humilde; así encontraréis descanso. Porque el yugo y la carga que yo os impongo son ligeros (*Mateo* 11,28-30).

«El yugo es suave y la carga es ligera, y llevarlos os hará descansar». Decir esto es una especie de contradicción, una paradoja de aquellas a las que Jesús nos tiene acostumbrados y que, quizás por eso, a veces ya no captamos su fuerza. Porque la característica del yugo es más bien la de ser insoportable –me lo ponen para tirar del carro–, y la de la carga es la de ser pesada, muy pesada, muy dura de llevar; ¡nada de eso hace reposar!

¿Puede haber un yugo que sea fácil de llevar y una carga que sea ligera, sencilla de estirar, sin dejar de ser yugo y carga? ¿Puede existir un yugo y una carga que hagan descansar?

Confieso que siempre había entendido el yugo y la carga a las que se refería Jesús como lo muy pesado que era el cumplimiento de la Ley antes de Él. Se había hecho pesado a base de añadir mandamientos y más mandamientos, normas y más normas a la Ley que Dios había dado y que era muy simple: diez mandamientos. Llegaba un momento en que tantas prescripciones resultaban imposibles de cumplir y dejaban a la persona angustiada, abrumada, atemorizada, sobre todo porque se entendía que la salvación venía del cumplimiento estricto de la Ley. Los fariseos eran especialistas en esta forma de hacer y la predicaban y la imponían. Sabemos de sobras que Jesús se irritaba con ellos muy a menudo; basta con leer el capítulo 23 del evangelio de Mateo. Jesús –pensaba yo– lo que hacía era suavizar, hacer ligero el peso y la carga; su ley era muy sencilla: se tenía que amar, ¡y eso tenía que ser suave!

Hasta que un día me encontré con una interpretación de san Agustín que me cambió de raíz la manera de entender esta enseñanza de Jesús; a este texto he dedicado mucha reflexión. Es este:

> Ante todo, quiero que retengas lo que es principal en este debate, a saber: que Nuestro Señor Jesucristo, como Él mismo dice en su Evangelio, nos ha sometido

a su yugo suave y a su carga ligera (*Mateo* 11,30). Reunió la sociedad del nuevo pueblo con sacramentos, pocos en número, fáciles de observar, ricos en significación (*Carta* 54,1,1).

Entonces me di cuenta de que el yugo, aquel artilugio que sirve para que el animal de carga pueda estar unido por el hombro al carro y así tirarlo y hacerlo avanzar, no es un peso individual que se me carga a fin de que yo haga avanzar mi vida con lo pesado que a veces es, porque hay que conducirla por caminos poco fáciles y empinados; eso si acaso es lo que hacía la Ley interpretada por los fariseos: sobrecogerme de normas imposibles.

Resulta que la afirmación de Jesús en esta comparación es que el yugo es lo concreto que me une a los demás hermanos para que seamos todos juntos, en comunidad, formando Iglesia, los que conduzcamos la carga de la vida con todas sus contradicciones por el camino del amor. Este camino es el que Él mismo nos ha abierto con su vida, su muerte y su resurrección –es decir, con su Pascua gloriosa–. El Espíritu de Cristo resucitado es el que me hace de yugo que me une a todos los hermanos; es el que indica el camino del amor en la vida; es el que nos da la fuerza necesaria y suficiente para llevar la carga de la vida, que ahora ya está llena del sentido, que nos viene de sabernos salvados y encaminados a la gloria del cielo donde tenemos la esperanza.

Por lo tanto, en vez de ser algo pesado este yugo de Jesús me hace reposar, porque no es un peso oneroso, que sobrecargue, sino una carga ligera que me hace descansar feliz de saber que es Dios quien nos conduce, quien nos guía y nos ayuda siempre en nuestro camino.

Los sacramentos son este yugo suave y liberador. El yugo de los sacramentos lo que hace es liberarme de cualquier otra carga. El yugo es el hermano, es la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios unido precisamente por ese Espíritu ligero. Todo es fácil de observar. La Iglesia es el sacramento que da los sacramentos –que deben ser pocos, fáciles, ligeros…– por voluntad expresa de Jesucristo. Y los sacramentos son la libertad, el descanso, la paz, el preludio del reposo del cielo.

El yugo de los sacramentos hace más fácil el camino de la vida. Los sacramentos en la Iglesia me unen con el hermano e incluso producen la maravilla que, si a veces la vida puede hacerme pesado su yugo, el hermano me ayuda realmente a llevarlo, de la misma forma que yo me siento y me sé en comunión –qué yugo más bonito– con el otro para ayudarle, si es necesario, a llevar sus cargas. Para Jesús, nada es meramente individual; su sacramento pascual me hace ser comunidad, obra el milagro de construir la Iglesia donde nada debe ser una sobrecarga –el pueblo antiguo–, sino que todo debe ser liberador –el nuevo pueblo por su voluntad–.

Al fin y al cabo, lo dice Jesús taxativamente: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré reposar». En los sacramentos de la Iglesia encontraréis aquel reposo que vuestra vida desea. ¡Vayamos, pues!

Fotografías: Fondo del CPL.

CELEBRAR EL MISTERIO: CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA SOBRE LA LITURGIA

Proemio

La liturgia en el misterio de la Iglesia

La liturgia, por cuyo medio «se ejerce la obra de nuestra redención», sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia.

Es característico de la Iglesia ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos.

Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor.

(*Sacrosanctum Concilium* 2)

En la revista anterior, dedicada a la cultura litúrgica, nos decía Elisenda Almirall que «han pasado sesenta y dos años desde la promulgación del primer documento del Concilio Vaticano II. Pero, precisamente, el paso del tiempo es el que nos da la oportunidad de acercarnos a ella con sosiego... nos permite redescubrir que aún hay muchos puntos no desarrollados y que, por lo tanto, nos llega un legado que, casi, se tiene que estrenar».

Dedicamos la sección En pocas palabras» de las próximas revistas a revisitar la Constitución *Sacrosanctum Concilium* y comprobar su actualidad, a pesar de haber transcurrido todos estos años.

ÉL HABITA EN NOSOTROS

Dios es misterio porque supera toda nuestra experiencia.
Sabemos, sin embargo, que Él habita en nosotros:
Ya que «en Él vivimos, nos movemos y existimos» (*Hechos* 17, 28)...
Esta es la gran revelación en boca de san Pablo:
«Que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo,
y partícipes de la misma promesa en Jesucristo, por el Evangelio» (*Efesios* 3,6).
Aquí radica el misterio:
no tenemos que buscar a Dios entre los muertos (*Lucas* 24,5),
ni en el fondo de los abismos y de los océanos (*Job* 28,14s),
sino en el corazón de los vivos:
«Quien guarda su palabra,
ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud.
En esto conocemos que estamos en él» (*1 Juan* 2,5).

Oh, Señor; tú nos has revelado el misterio;
Tú te has dejado seducir por su amor
y lo has ofrecido en plenitud, hasta el final.
«Tú eres nuestro padre… desde siempre,
tu nombre es "nuestro Libertador"» (Isaías 63,16)

Señor, haz que no quiera encontrarte en rincones inexplorados
o en misiones imposibles
ni en sacrificios inhumanos,
sino en el corazón de mis hermanos.
Dame la sabiduría y la humildad del pequeño Samuel
para acabar esta oración diciendo:
«Habla, que tu siervo escucha» (*1Samuel* 3,10)
y con el salmista cerrar la boca:
«Enmudezco, no abro la boca,
porque eres tú quien lo ha hecho» (*Salmo* 39,10). Amén.

ENCUENTRO CON CRISTO RESUCITADO

Vicente Esplugues Ferrer

Fotografía: Jr Korpa, en Unsplash.

En este tiempo se nos invita a mirar a lo definitivo, al destino final al que Dios ha orientado la existencia humana. Las celebraciones nos introducen más allá del aquí y del ahora. Son espacios de eternidad inmersos en la historia. Nuestros pies se hunden en el suelo, pero nuestra mirada trasciende, se eleva con la mirada en el cielo. Comienza noviembre con una invitación a acoger el futuro, lo definitivo, lo escatológico sabiendo que es Dios mismo el que nos espera al final del camino.

La gran oferta de la fe y de nuestras celebraciones es mostrar un camino que se inicia ya en la historia donde el Resucitado ilumina con su vida la nuestra

La celebración de Todos los Santos nos anima a reconocer la santidad que hay en cada vida. Hoy celebramos el gran deseo que tiene Dios de vernos a todos felices y viviendo en plenitud. Eso es la santidad. Es más iniciativa de Dios que mérito humano. Reconocemos que a lo largo de la historia son muchos los hombres y mujeres que han prestado su humanidad para que Dios la modele, y han cantado las maravillas que ha hecho en su pequeñez y vulnerabilidad. Todos somos santos a los ojos de Dios. Nos falta creerlo. Lo santo es propio de Dios y por su infinita misericordia nos lo he querido regalar. No decide uno hacerse santo, no es cuestión de méritos, de logros, de voluntarismo.

La celebración de Todos los Fieles Difuntos nos ayuda a levantar la mirada al cielo y agradecemos la vida de los que ya no están. Llevamos en nuestro cuerpo las huellas de todas aquellas personas que nos han amado. También las cicatrices de los que nos ha dañado. Pero la gratitud al pensar en los difuntos nos hace creer que nunca el tiempo y el amor son perdidos. El amor no pasa jamás, y es seguro que siguen cuidándonos y queriéndonos. La muerte está presente en nuestras vidas, pero no acabamos de integrarla. La sentimos enemiga, la que arrebata y quita a los que queremos. La gran oferta de la fe y de nuestras celebraciones es mostrar un camino que se inicia ya en la historia donde el Resucitado ilumina con su vida la nuestra. Es importante compartir la fe en la vida eterna, no es lo mismo si hay o no cielo. Es importante posibilitar que, en el encuentro con Cristo resucitado, nos enseñe y nos garantice una forma de vivir plena de sentido y de amor. Esto afecta a la oferta pastoral que lanzamos en nuestros ámbitos. No tratamos temas, favorecemos experiencias. Aceptamos que en la sociedad secularizada nadie sabe qué respuesta dar ante la realidad de la muerte. Hay gente que desde una fe ciega en la ciencia piensa en la posibilidad de alcanzar la inmortalidad. Otros se abrazan al nihilismo más absoluto. En medio de tantas ideologías, la fe sigue siendo una puerta abierta que se ofrece al mundo. Necesitamos ofrecer palabras discretas y abiertas para que ayuden a hacer de la muerte una obra de salvación.

Oración de los fieles y sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: https://bit.ly/cantosparalamisa

Accede a los comentarios de las lecturas del tiempo correspondiente escaneando el código QR o en este enlace: https://bit.ly/lecturas-44

Asunción de María y domingos 20 a 28 del tiempo ordinario, ciclo C

Del 15 de agosto al 12 de octubre de 2025

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Asunción de María 15 de agosto	Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal *Apocalipsis 11,19a; 12,1-6a.10ab*	Primero Cristo, como primicia; después, todos los que son de Cristo *1 Corintios 15,20-27a*	El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes *Lucas 1,39-56*
Domingo 20 17 de agosto	Me engendraste para pleitear por todo el país *Jeremías 38,4-6.8-10*	Corramos, con constancia en la carrera que nos toca *Hebreos 12,1-4*	No he venido a traer paz, sino división *Lucas 12,49-53*
Domingo 21 24 de agosto	De todas las naciones traerán a todos vuestros hermanos *Isaías 66,18-21*	El Señor reprende a los que ama *Hebreos 12,5-7.11-13*	Vendrán de oriente y occidente y se sentarán a la mesa en el reino de Dios *Lucas 13,22-30*
Domingo 22 31 de agosto	Humíllate, y así alcanzarás el favor del Señor *Eclesiástico 3,17-20.28-29*	Vosotros os habéis acercado al monte Sion, ciudad del Dios vivo *Hebreos 12,18-19.22-24a*	El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido *Lucas 14,1.7-14*
Domingo 23 7 septiembre	¿Quién se imaginará lo que el Señor quiere? *Sabiduría 9,13-19*	Recóbralo, no como esclavo, sino como un hermano querido *Filemón 9b-10.12-17*	El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío *Lucas 14,25-33*
Exaltación de la Santa Cruz	Cuando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida. *Números 21,4b-9*	Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó sobre todo *Filipenses 2,6-11*	Tiene que ser elevado el Hijo del hombre. *Juan 3,13-17*
Domingo 25 21 septiembre	Contra los que «compran al indigente por plata» *Amós 8,4-7*	Dios quiere que todos los hombres se salven *1 Timoteo 2,1-8*	No podéis servir a Dios y al dinero *Lucas 16,1-13*
Domingo 26 28 septiembre	Ahora se acabará la orgía de los disolutos *Amós 6,1a.4-7*	Guarda el mandamiento hasta la manifestación del Señor *1 Timoteo 6,11-16*	Recibiste bienes, y Lázaro males: ahora es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado *Lucas 16,19-31*
Domingo 27 5 de octubre	El justo por su fe vivirá *Habacuc 1,2-3; 2,2-4*	No te avergüences del testimonio de nuestro Señor *2 Timoteo 1,6-8.13-14*	¡Si tuvierais fe! *Lucas 17,5-10*
Domingo 28 12 de octubre	Volvió Naamán al hombre de Dios y alabó al Señor *2 Reyes 5,14-17*	Si perseveramos, también reinaremos con Cristo *2 Timoteo 2,8-13*	¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero? *Lucas 17,11-19*

Sentido del misterio en la celebración (en ausencia de presbítero)

Josep Maria Domingo Ferrerons

Para responder a esta pregunta, primero hay que sentar una premisa: el sentido del misterio y de lo sagrado en la celebración litúrgica viene dado, sobre todo, por la presencia invisible pero real del mismo Cristo. «Con Él, por Él y en Él». Desde el inicio hasta el final nos movemos en el ámbito de la Trinidad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dicho esto, dos referencias fundamentales separadas por un arco de casi setenta años: la Constitución sobre liturgia del Concilio Vaticano II (1963) y la Carta apostólica *Desiderio desideravi,* del papa Francisco (2022).

En el número 7 de la *Sacrosanctum Concilium* se habla de la presencia de Cristo en la liturgia: «Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (*Mateo* 18,20)».

Cristo, pues, está presente de manera multiforme. En las celebraciones sin presbítero falta este símbolo principalísimo, aunque no faltan otros modos de presencia: la misma comunidad reunida y orante, la Palabra proclamada, la recepción de la comunión...

La otra referencia, el número 24 de la carta *Desiderio desideravi*. Decía el papa Francisco que hay que cultivar la «admiración» ante el misterio pascual como parte esencial de la acción litúrgica. Destaca la diferencia entre la necesaria admiración por lo sagrado y la insuficiencia de una cierta aproximación al misterio como oscuridad.

«Cuando digo asombro ante el misterio pascual, no me refiero en absoluto a lo que, me parece, se quiere expresar con la vaga expresión "sentido del misterio": a veces, entre las supuestas acusaciones contra la reforma litúrgica está la de haberlo –se dice– eliminado de la celebración. El asombro del que hablo no es una especie de desorientación ante una realidad oscura o un rito enigmático, sino que es, por el contrario, admiración ante el

hecho de que el plan salvífico de Dios nos haya sido revelado en la Pascua de Jesús (*Efesios* 1,3-14)».

Cierto, la celebración dominical en ausencia de presbítero no sustituye a la Eucaristía. Las celebraciones en ausencia de presbítero no son lo mismo que la Eucaristía, pero es una buena manera de celebrar el domingo cuando no podemos participar en la misa. La celebración dominical en ausencia de presbítero tampoco tiene la intención de sustituir al presbítero, sino la de mantener el encuentro cristiano de los domingos, aunque el presbítero no pueda asistir. Cuando esto se realiza con la debida preparación y dignidad, el sentido sagrado y admirativo de la presencia del Cristo en medio de su pueblo no deja de manifestarse.